

en este campo, su excesiva dependencia de las propuestas teológicas de Bernard Lonergan que, en este punto, muestran su mayor debilidad. En cualquier caso, sus dificultades con el neotomismo en cuanto corriente pronta a considerar verdadero en el plano ontológico lo históricamente contingente, se encuentra en la base de su crítica a la llamada Escuela de Navarra, crítica muy superior en extensión y contenido a la realizada a la otras escuelas de fundamentación del derecho canónico. Y, en la medida en que se identifica el neotomismo con el realismo jurídico, poco matizada.

Como decía, nos encontramos ante una debilidad metodológica tan solo atisbada en las páginas de este libro. Si el lector la tiene en cuenta, recibirá de esta obra —como de las anteriores del profesor Fantappiè—, un fuerte estímulo para acercarse a los problemas actuales con mentalidad histórica y, desde luego, una potente luz para comprender adecuadamente aquéllos de los que trata en los ocho estudios referidos.

Nicolás Álvarez de las Asturias

---

GUARDINI, R., *Experiencia religiosa y fe* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2016). 145 pp. ISBN: 978-84-22018-66-7. (Traducción de Roberto H. Bernet. Edición y revisión de A. López Quintás)

La Biblioteca de Autores Cristianos nos ofrece, una vez más, un libro traducido del genial pensador Romano Guardini. Se trata de una recopilación de varios textos relativos a la fe que nos permiten profundizar en la dimensión religiosa del sujeto humano. La unidad del tema confiere a la diversidad de textos la necesaria cohesión para formar un libro.

*Experiencia religiosa y fe*, que es el texto más largo, comienza con la pregunta sobre la esencia de la religión: en su origen se encuentra una manera especial de ser tocados por la existencia y su sentido, una experiencia que no se limita a la materia del mundo. Esta cualidad singular, la religiosa, aunque es vivida en la realidad del mundo lo trasciende, pues no se agota en lo sensible. Tiene que ver con el espíritu, pero implica y pone en juego todas las dimensiones de la persona: ante “lo santo” el hombre descubre la plenitud del sentido de toda su existencia.

Según Guardini no basta esta experiencia, por fundante que sea; es necesaria la aportación del conocimiento intelectual y su esfuerzo por la comprensión total del mundo, la formulación de un conjunto doctrinal, así como su canalización cultural en los diversos ritos que la manifiestan. No se detiene en las fronteras de lo histórico y social, sino que se eleva a lo que de misterioso tiene la existencia: la vivencia de algo tan sencillo como la luz o la presencia de un árbol son para el espíritu algo más que

meros objetos de la ciencia. Sólo desde una perspectiva abierta o religiosa es como la existencia humana orienta su íntima inquietud a una plenitud más perfecta. En tiempos remotos esta experiencia se vivió como “manismo”, reconociendo un poder numinoso o mana omnipresente que actúa en todas partes, o como animismo, o sea, como la manifestación de un alma que todo lo alienta y vivifica con su vitalidad propia.

El desarrollo del sentimiento religioso, que penetra los ámbitos de la existencia donde se hace sentir la presencia operante del dios salvador a través de diversas figuras, necesita la intervención de un vidente o mediador que transmita la vivencia para todo su pueblo. De este modo se ilumina la vida cotidiana, pero también resulta cuestionada la misma concepción de lo sagrado: así unas figuras de dioses dan paso a otras, o se unifican y universalizan sus figuras. En este proceso hacia una idea universal de la divinidad, pese a constituir un fenómeno global, unificado por la experiencia de lo numinoso, hay fases de diverso significado y una sucesión constante de figuras y formas, donde progreso no siempre equivale a ganancia, pues a veces la adquisición de un valor se paga con la pérdida de otro: por ejemplo, la delimitación de la idea de lo divino (hacia el monoteísmo), supuso la secularización del mundo y de sus experiencias. Por otro lado, no resulta extraño que diferentes fases o representaciones convivan en un mismo pueblo o individuo.

Ahora bien, si todas estas formas carecen de un carácter vinculante último y radical es porque ninguna conoce el fenómeno de una revelación o donación divina. Para Guardini no se pueden considerar revelación, en sentido bíblico, por mucho que en su origen se esconda un alumbramiento o inspiración numinosa, vivida por el fundador de uno de estos movimientos. En la revelación hay una ruptura con el mundo y su objeto no pertenece a la experiencia ni a lo dado, sino al misterio que proviene de otro lugar; más que una indagación humana ante los enigmas de la existencia (por espontánea que se quiera) responde a una libertad superior que lo interpela. Revelación es, en definitiva, la llamada que dirige al hombre el Dios santo y soberano; la fe no es sólo una experiencia conmovedora ante lo santo sino, sobre todo, la respuesta obediente que el hombre ofrece al testimonio divino de un Dios que se da a conocer en la historia. En esta obediencia a la acción del Dios que habla y sale al encuentro reside lo específico de la fe.

Un detalle para terminar. Lo numinoso, propio de la experiencia religiosa, es de alguna manera una cualidad del mundo; en él se entrecruzan lo religioso y lo profano. El misterio, que descubre la revelación, manifiesta lo absolutamente otro del Dios vivo. La fe en la divina revelación es, pues, distinta de la mera experiencia religiosa: ella no surge como resultado de un silogismo humano, ni es el fruto final de una larga cadena de experiencias humanas. Tampoco el Dios de la revelación equivale al numinoso anónimo de los primitivos, sino que es y obra personalmente, llama y salva, castiga y perdona. Con todo, no cabe oponer absolutamente la realidad numinosa y el Dios de la revelación: el mundo porta en sí cierto carácter religioso y es, de alguna manera, un testimonio natural del Dios trascendente; bastará una actitud adecuada,

por parte del hombre, para descubrir en la creación aquella huella divina que eleva su experiencia religiosa a otro nivel.

El autor parte en *El salvador en el mito, la revelación y la política. Una reflexión política-teológica* de aquella experiencia religiosa, comentada anteriormente. El hombre vive inmerso y rodeado por el mundo natural que le alcanzan sus sentidos. Pero eso no es todo: ese mismo entorno ofrece a la sensibilidad subjetiva del espectador un horizonte nuevo de matices, esta vez captados por su espíritu y concebidos como algo misterioso e incluso divino. Es en este ir más allá de lo inmediato donde Guardini sitúa la experiencia religiosa: de diversas formas, a lo largo de la historia, el espíritu humano ha captado un sentido más profundo de las cosas, indescifrable, misterioso, y lo ha plasmado en multitud de imágenes concretas y en un sinfín de relatos míticos. Todos los procesos del mundo y de la vida aparecen, de este modo, revestidos de un carácter sagrado o supraterráneo: el fuego, la luz, el agua y otros fenómenos por el estilo, son como divinizados y revestidos de ciertos poderes personales o anímicos.

Antes de que los descubrimientos de la ciencia aporten un conocimiento nuevo, el hombre ha leído su propia existencia de una manera más intuitiva y simbólica, otorgando un valor de salvación o de hostilidad y amenaza a cuanto le rodea, dependiendo de si le es favorable o adverso: la luz del sol o el frío de la noche, el sucederse de las estaciones o las diversas etapas de la propia vida, todo se reviste de sentido, y su significado ofrece una experiencia de salvación o perdición, que culmina concentrando todos esos rasgos en la personificación del salvador.

Aunque algunos, siguiendo una interpretación histórica del nacimiento de la religión, incluyen a Jesucristo dentro de las figuras naturales de salvación, Guardini piensa que no es así, pues aquellos salvadores se apoyan sobre el ritmo biológico de las cosas y pertenecen desde dentro a la misma vida; la de Jesús no es una aventura mítica sino una realidad absolutamente histórica; su existencia libera y rompe aquellos límites naturales que, frecuentemente, acaban en hastío y desesperación. Su acción salvífica no permanece encerrada en la naturaleza, ni en su discurrir cíclico, sino que ofrece participar en la soberanía de Dios. Su acción viene de arriba, una con la voluntad del Padre de los cielos, y sus palabras revelan el rostro invisible del Creador de todas las cosas. En él es también el rostro del hombre y la verdad de la religión lo que alcanza su sentido y culminación definitiva.

*Lo infinito-absoluto y lo religioso-cristiano* es una conferencia ante científicos interesados en el concepto de infinito. Aunque se trata de un término utilizado con diversos significados subyace una misma idea central: infinito designa una cualidad del ente por la que éste trasciende toda mensurabilidad. Relacionado con dicho término se encuentra el de absoluto, que indica la ausencia de toda condición o restricción: nuestro pensamiento intuye el concepto de lo absoluto ante la experiencia de las cosas que permanecen y cambian, o ante la cadena de causas sucesivas que dan razón de los fenómenos que contemplamos, así como al descubrir que muchos de ellos remiten, simbólicamente, a otra realidad fundamental que está detrás.

La pregunta radical por el sentido último de la propia existencia conduce al espíritu humano ante la realidad incondicionada y absoluta –santa- de Dios: Ser en sí, por excelencia, se presenta como garantía y fundamento de todo lo finito. Pero lejos de contraponer ambas realidades, el mensaje cristiano ofrece un modo nuevo de relacionarlas: la libertad divina está en el origen de la creación y donación del ser a todo cuanto es. A la teología, que escudriña la revelación, le compete esclarecer esta intervención de la infinitud de Dios en la historia, sin alterar ni el ser divino ni la realidad del mundo natural. Lejos de recibirlo como un sinsentido absurdo y de imposible asunción, el pensamiento puede acogerlo humildemente como muestra de un sentido superior. Y aunque no son pocas las dificultades, Guardini señala el eterno designio de Dios como horizonte de interpretación: la razón se encuentra con el misterio de un amor divino que, libremente ofrecido, alcanza para el hombre su salvación, no ya en la distancia sino en la encarnación. Paradoja del hombre-Dios en Cristo Jesús. La Iglesia, la gracia o los sacramentos, son otras cuestiones teológicas más en las que se manifiesta ese misterioso –y novedoso- encuentro en el que, sin perder nada del carácter absoluto de Dios, se recupera el valor finito de todo lo creado.

En *El lenguaje religioso* el autor parte de la pregunta sobre el modo en que han de expresarse los contenidos religiosos para ser comprensibles al oyente que los recibe. Cabe un lenguaje auténtico, si incorpora la experiencia sincera, y otro inauténtico, si carece de ella o se utiliza para otros fines impropios. Cabe hablar y cabe también callar, como expresión originaria de una mirada interior que se abre a lo profundo del sentido religioso. Para que el discurso religioso no sea mera palabrería hueca debe ir acompañado del silencio, que origina otra palabra más interior. Dado que el fenómeno religioso es una realidad radicalmente distinta a todo lo mundano, es difícilmente expresable en palabras de este mundo: no es que sea una experiencia difusa sino que, dada su misteriosa naturaleza, resulta inadecuadamente representable. Pero inadecuado no es imposible: distinto del mundo, el misterio de lo santo mantiene con él, sin embargo, una relación de fundamento y salvación que justifica este lenguaje.

Lo religioso se puede expresar en el lenguaje mundano, toda vez que apela a una experiencia vital que todo hombre comparte, aunque no acierte a precisarla verbalmente. Con hermosos ejemplos literarios ilustra Guardini sus diversos niveles: a veces el medio escogido es el recurso a las imágenes sencillas o a la relación más compleja entre diversas imágenes, a fin de ser transportados desde la realidad física inmediata al ámbito de lo divino; otras veces es la afirmación religiosa, como tal, la que reenvía desde sus referencias espacio-temporales a una realidad superior, en virtud de su condición abierta a la transfiguración. Pero en la cima de las afirmaciones religiosas su apertura se convierte en presencia misma de lo santo y, ante ésta, ya sólo cabe el silencio.

Este libro incluye la sugerente conferencia *Solo quien conoce a Dios conoce al hombre*, cuya tesis central parece invertir los términos de la relación: el saber del hombre sobre sí mismo depende, en el fondo, del conocimiento que tiene de Dios. Ni el materialismo ni el idealismo, ni el sociologismo ni el existencialismo aciertan a

descifrar realmente la incógnita del ser humano. Si todo conocimiento implica ciertas condiciones para ser posible, también el conocimiento del hombre las tiene; puesto que afecta a su esencia, Guardini señala la relación con Dios como la primera de todas ellas: sin la relación creatural con Dios el hombre ni es, ni se comprende. Sólo en la relación constitutiva con el Tú de Dios es como se puede conocer el yo del hombre: lejos de Él se diviniza a sí mismo ilusoriamente o, por el contrario, se disuelve torpemente en la pura materialidad. Libertad absoluta, instinto vital, o elemento de un sistema, lo cierto es que el hombre yerra cuando intenta comprenderse únicamente desde sí mismo.

Concluye el libro con la disertación *Sobre el sentido cristiano del conocimiento*. Para el hombre moderno, que se aparta de la revelación, el mundo no pasa de ser mera naturaleza. Para quien supera una actitud utilitaria, en cambio, el mundo no deja de suscitar cuestiones radicales, preguntas últimas acerca del sentido. Desde siempre el hombre ha buscado conocer la verdad de las cosas, y de este modo, descifrando la realidad de su entorno, ha progresado en su dominio y transformación. Pero muchas veces esta aventura ha revestido un carácter realmente trágico: la amplitud de conocimientos que se adquiere no elimina, en su más honda raíz, la amarga experiencia de la propia incapacidad e indefensión para comprenderlo todo y, lo que es más, para comprenderse a sí mismo. Cuando el hombre se abre a la revelación, entonces su luz le permite captar en el mundo una nueva dimensión, pues cuanto le rodea manifiesta el rostro de su Hacedor: ni pura materialidad inánime, ni emanación pseudo-divina, el mundo se presenta a la mente abierta que lo observa como espacio abierto y pleno de sentido, como el recinto creado de Dios.

Los textos analizados, pese a ser de tipo filosófico, se entienden sin demasiada dificultad. Invitan no tanto a conocer una teoría ajena cuanto a descifrar una experiencia en primera persona: la que todo hombre –cada uno de nosotros también– tiene de Dios. Desde sus manifestaciones más arcaicas, pasando por la idea de revelación, el autor nos sitúa cara a cara con la encarnación histórica de Dios. Al conocimiento especulativo Guardini añade la experiencia vivida: el hombre adquiere plena conciencia de quién es sólo a la luz de quién es Dios. Interesante sugerencia para el hombre de hoy que, habiendo perdido el misterio de Dios, corre el riesgo de perderse a sí mismo también.